

Semana de Oración



**LIBRO
DEVOCIONAL**

**CRISTO
es mi ROCA**

Del 10 al 14 de Julio

1. Sé Tú mi roca

Inclina a mí tu oído, rescátame pronto; Sé para mí roca fuerte, Fortaleza para salvarme. Porque tú eres mi roca y mi fortaleza; Y por tu nombre me conducirás y me quiarás (Sal 31:2-3).

La metáfora de la roca en las Escrituras sirve para comunicar algo sólido, estable e inmovible; algo en lo que podemos apoyarnos sin temor. Muchos autores de la Biblia utilizaron esta metáfora para describir el carácter sólido, firme y estable de Dios. Por eso Jacob lo llamó la *«roca de Israel»*. Moisés y Habacuc dijeron que Él es la roca (Gen 49:24, Dt 32:4, Hab 1:12). El rey David se dirigió a Dios como su roca de refugio y salvación (Sal 19:14, 42:9, 61:2, 62:2). Él es el único digno de nuestra confianza. Podemos descansar en que siempre estará con nosotros, Sus palabras son verdad y Sus obras son seguras. Dios es inmutable y Sus promesas permanecen para siempre. Todo lo demás está sujeto a cambios y variaciones; todas las cosas de este mundo son frágiles, temporales e inestables. Pero lo cierto es que esta verdad no siempre domina nuestros corazones. Muchas veces somos sacudidos por las circunstancias cambiantes y pasajeras de la vida. *Nuestra mente acepta que Dios es la roca firme, pero nuestro corazón no siempre se apoya en Él.*

Esto es cierto en todos los creyentes, incluso en el gran David. Por eso escribió algo que puede parecer contradictorio, pero si lo meditamos con detenimiento podemos comprender el sentido de su oración. Primero le pide a Dios: *«sé para mí roca fuerte»*, aunque después reconozca: *«Porque tú eres mi roca»*. Lo que David experimentó es lo mismo que todo creyente experimenta en algún momento de su vida. Sabemos que Dios es seguro y digno de nuestra confianza, Él es fiel y no cambia. Pero muchas veces esa verdad no toca de manera profunda nuestras almas. *Las pruebas, tentaciones y dificultades de la vida nos sacuden y exponen la fragilidad de nuestra fe. Cuando el peligro y la aflicción nos sacuden, descubrimos que nuestra confianza en Dios no es tan firme como pensábamos.*

Pero David no se quedó ahí, sino que llevó ese sentimiento ante Dios y lo presentó en oración. Él sabía que Dios era su roca y precisamente por eso le pedía *«sé Tú mi roca»*. Lo que David está orando, lo podemos orar también de esta manera: Señor, sé que eres el único en quien puedo confiar, pues eres lo más seguro y estable que tengo. Pero en este momento, lo que mi mente tiene por cierto, mi corazón todavía no lo experimenta. Por eso te pido que me concedas ser fortalecido y que mi corazón sea tocado por aquello que mi mente sabe. Te pido que me des la gracia para confiar y descansar en ti. Señor, Tú eres lo más seguro; dale a mi corazón el descanso en ti. Sé Tú mi roca, porque Tú eres mi roca.

2. El estaba aquí y yo no lo sabía

“Dios está en este lugar y yo no lo sabía” (Génesis 28:16).

El discernimiento es un don que Dios da a sus hijos y es de mucha ayuda para el creyente. De acuerdo a la biblia, este don nos da la habilidad de descifrar e interpretar las situaciones, las personas y principalmente las cosas espirituales. Pero si de algo nos debe servir este divino don, es para reconocer que en medio de las pruebas, no estamos solos. En otras palabras, si algo debemos discernir bien, *es la presencia de Dios junto a nosotros en la adversidad.*

El patriarca Jacob falló en esto, y en una famosa declaración expresa el sentir de los creyentes cuando estamos en un lugar de prueba: *“Dios está en este lugar y yo no lo sabía” (Génesis 28:16).* Qué terrible fue para Jacob, pensar que en medio de su problema, Dios no estaba con él. Pensar en la posibilidad de ser abandonados por el Señor es quizás el mayor golpe cuando estamos bajo ataque. Jacob no pudo discernir que Dios estaba junto a él. Como muchas veces pensamos o sentimos los cristianos.

Esta historia debe permanecer como un recuerdo fresco en la mente y en el corazón de los creyentes. Porque Dios nunca abandona a sus hijos. Él ha prometido estar con nosotros en las buenas y en las malas. *“No te dejaré, ni te desampararé”* le había dicho Dios a varios de los suyos cuando estuvieron en dificultades. Así lo cuenta la biblia, y así sigue sucediendo en estos días. Dios no quiere, no sabe y no puede dejar solos a sus hijos. Abandonar a quienes ama, va en contra de su naturaleza. Dios no sabe ser infiel. Jacob aprendió quizás una de las mayores lecciones con respecto a Dios. Por eso nunca dudes que Dios está en el lugar de tu aflicción. Que nunca se te olvide que Dios está contigo en medio de tu angustia. Algunos de nosotros a veces podríamos gritar: *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has dejado?»* Cuando la brillantez de la sonrisa de nuestro Padre parece eclipsada por nubes y tinieblas, recordemos que Dios nunca nos deja. Con nosotros es ése un aparente abandono, pero con Cristo era un abandono real. Pensemos un momento en Cristo. Nos afligimos ante una breve separación del amor de nuestro Padre, pero, *¿quién podrá calcular cuán profunda fue la agonía que le causó a Jesús el real apartamiento del rostro de su Padre?* En nuestro caso, el clamor suele ser dictado por la incredulidad; en su caso fue la expresión de un espantoso hecho, pues, efectivamente, Dios lo había dejado por un tiempo por causa de nuestro pecado. Hoy debemos entender que Él está con nosotros en todo tiempo y en todo momento.

3. En vida y muerte, somos del Señor

Pues si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos, para el Señor morimos. Por tanto, ya sea que vivamos o que muramos, del Señor somos (Ro 14:8).

¡Somos del Señor! Esto es cierto no solo en virtud de haber sido creados por Dios, sino también por causa de nuestra redención. Él nos formó y también nos compró en Cristo. Le pertenecemos al Señor en cuerpo y alma, en vida y muerte.

Lo primero que se desprende de estas palabras es el hecho de que si podemos vivir para Dios, también podemos morir para Él. Nuestra muerte será para el Señor y Su gloria. La afirmación *«y si morimos, para el Señor morimos»* puede ser difícil de entender, pero la implicación de las palabras de Pablo nos llevan a entender que el día en que dejemos de vivir en este mundo, sea como sea nuestra muerte, traeremos gloria al nombre del Señor. Nuestra muerte también es para el Señor y en ese día también se podrá decir *«¡Gloria a Dios!»*. Estas palabras también afirman que, a pesar de la muerte, seguiremos siendo posesión del Señor. Cuando nuestra alma vaya a Su presencia y nuestro cuerpo descansa en el ataúd, seguiremos siendo Suyos. La muerte no altera ni un ápice el hecho de que le pertenecemos a Dios. La muerte no es lo más definitivo de la existencia humana, pero sí lo es nuestra relación con Dios. *Morir no cambia nada para los redimidos ni afecta lo que somos en Cristo.* Morir no nos despoja de lo que tenemos en Él.

¡Qué gloriosa visión de la muerte nos ofrece el evangelio! ¡Cuánta esperanza hay al pensar en nuestra muerte! ¡Qué preciosa esperanza saber que seguiremos siendo del Señor al morir! Nuestra vida está en sus manos, desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, la mirada del Señor está sobre nosotros. No nos dimos a nosotros mismos la existencia, sino que la recibimos como un don de lo alto, para glorificar a Dios con nuestra vida y alcanzar la salvación. Le pertenecemos al Señor en cuerpo y alma. En vida y muerte, somos del Señor. El Señor es Señor de vivos y muertos. Tanto en vida como en muerte le pertenecemos a Él. Por eso debemos glorificarlo en cada instante de nuestra vida y más aún debemos estar preparados para cuando nos llame a comparecer ante su trono.

4. Vivamos para el Eterno

«Porque: “TODA CARNE ES COMO LA HIERBA, Y TODA SU GLORIA COMO LA FLOR DE LA HIERBA. SÉCASE LA HIERBA, CÁESE LA FLOR, PERO LA PALABRA DEL SEÑOR ES PARA SIEMPRE”. Esa es la palabra que a ustedes les fue predicada» (1 Pedro 1:24-25).

Nuestra vida es como la hierba y la flor que un día están y al siguiente desaparecen. Pasajera, así es nuestra existencia. Pedro dice que así también es la gloria del ser humano. En otras palabras, todo es temporal: las cosas en las que pone su confianza o encuentra su mayor deleite; las cosas en las que deposita su esperanza y en las que se gloria y se jacta. Hoy están y mañana no.

Lo primero que Pedro nos quiere mostrar con esta manera de hablar es que estimar lo terrenal como si fuese permanente es poco sabio. Es insensato e inútil vivir obsesionado por las cosas de este mundo. La existencia humana va mucho más allá de los años en esta tierra. Debemos vivir conscientes de que la vida en esta tierra es un peregrinaje inexorable hacia nuestro funeral. Sin embargo, los creyentes tenemos buenas noticias. Pongamos nuestra confianza y esperanza en la salvación que la Palabra ofrece. Descansemos en la nueva vida y el perdón que la Biblia nos anuncia.

Lo segundo que Pedro nos dice son palabras que nos animan a vivir para lo eterno. El apóstol nos recuerda que nuestra vida es breve como la flor y la neblina; frágil y transitoria. Por eso debemos vivir para Cristo, en quien está lo que no perece ni se marchita. Esa es la vida más sabia y la que no tiene desperdicio. No centremos nuestra vida en los bienes terrenales que un día perecerán. No descansemos en las cosas pasajeras de este mundo ni las estimemos como si fueran permanentes. Enfoquemos nuestra existencia en lo celestial. Pongamos nuestra confianza y esperanza en la salvación que la Palabra ofrece. Descansemos en la nueva vida y el perdón que la Biblia nos anuncia. Valoremos la adopción de hijos que la Escritura proclama y celebremos como lo más importante la comunión con Dios, la gracia y la vida eterna en Cristo Jesús.

Somos como la flor que se marchita pronto y como la neblina que desaparece rápido. Frágil y transitoria es nuestra vida. Temporal y endeble. Vivamos para lo eterno y para el Eterno.

5. Acuérdate de Jesucristo

Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio... (2 Ti 2:8).

Imagina que tú y yo nos encontramos en la sala de espera de un centro de consejería. Se abre la puerta y le dan paso al paciente que está al lado para su turno de lo que será una sesión de consejería. Se cierra la puerta. De pronto, lo que pensábamos que sería una sesión a puerta cerrada resulta ser una escena que puede ser vista y escuchada por todos los que estamos afuera. El paciente le dice al consejero que está frustrado, desanimado y que tiene muchos temores. Continúa expresando que se siente sin fuerzas emocional y mentalmente, y que ya ha tirado la toalla en muchas áreas de su vida. La persona solloza. El desaliento es tan fuerte y la oscuridad que experimenta es tan real que ya no tiene deseos de nada. Finalmente, con voz quebrada, dice que se siente deprimido. Hay un silencio prolongado que genera expectativa. En este momento, lo más lógico sería escuchar unas palabras del consejero: *un diagnóstico, unas preguntas de seguimiento o unas palabras de ánimo;* debería decir algo para romper este silencio que empieza a tornarse incómodo. De pronto, el consejero menciona lo siguiente: *«Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos».*

Naturalmente surgiría la pregunta *¿Qué es lo quiere decir el consejero con «acuérdate de Jesucristo»? ¿De qué manera recordar o pensar en Cristo podrían ayudar a alguien que está sumido en el desaliento, el desánimo y la depresión?* Permíteme recordarte que estas fueron las palabras que un pastor le mandó a decir a una oveja desanimada, cansada, frustrada y deprimida. Estas fueron las palabras del apóstol Pablo a Timoteo, cuando su discípulo había perdido el entusiasmo y el gozo, cuando estaba intimidado, desanimado y deprimido. Las palabras fueron como la receta que aquel consejero le prescribió a su paciente: *«Acuérdate de Jesucristo».* Este remedio no solo se recuerda sino que se mira, se recibe y se ingiere por medio de la fe. Este remedio es para ser tomado y abrazado todo el tiempo. Pablo está dirigiendo la mirada del creyente desalentado hacia el Cristo que murió y se levantó de los muertos. Este *«recordar» no es un mero ejercicio mental sino una invitación para que nuestra alma descanse y encuentre reposo en Cristo.*

Acordarnos de Jesucristo es el movimiento de ese corazón que se acerca nuevamente al Salvador de nuestras almas. Acordarnos de Jesucristo es la mirada que solo contempla al Redentor para que, poco a poco, nuestro corazón encuentre alivio. En Cristo nuestras fuerzas son renovadas, nuestro ánimo es levantado, nuestra luz es encendida y nuestra esperanza es restablecida. Aquello que haya causado en nosotros desaliento, cansancio

o depresión no supera el hecho de que nuestro Señor murió y resucitó para nuestra redención. Ningún evento ni ninguna persona es mayor que Aquel que nos salvó. *¡Acuérdate de Jesucristo!* El Mesías prometido que vino a salvarnos, quien fue levantado de los muertos para estar con Su pueblo y para interceder por ellos por siempre.